

1844

—

EXCURSIÓN FUERA DE PARÍS

I  
NEMOURS

Nemours no está en la montaña, pero tiene colinas y barrancos; Nemours no está en el llano, pero sus líneas son tranquilas y su horizonte es uniforme; Nemours no está en el bosque, pero tiene árboles; Nemours no está en la orilla del mar, ni al borde de un lago, pero tiene agua; Nemours no tiene un palacio arruinado como Heidelberg ó Tancarville, pero tiene un fuerte antiguo del siglo XIII, con torre cuadrada y torreón flanqueado por cuatro torrecillas, hoy aposento de arrendador; las gallinas juegan en los fosos, los pichones anidan en las saeteras, y así como el soldado se hace labrador, el torreón se ha hecho palomar. Es una ley: todo lo que envejece se sosiega. Nemours no tiene una catedral como Amiens ó Chartres; pero la parroquia es una de esas magníficas iglesias del campo que, en su género, y guardando la debida proporción, son tan raras, tan completas, y podría casi decirse tan bellas como las catedrales. Nemours no tiene calles antiguas con casas esculpidas como Nuremberg, Ruán, Vitre ó Hernani, ni admirables plazas con fachadas góticas como Francfort ó Bruselas; pero las calles, la plaza y las casas de Ne-

mours, aunque algo desfiguradas y embadurnadas con variados revoques, han conservado la disposición, la dimensión, la irregularidad y el risueño aspecto de la Edad media.

El Loing, que pasa por Nemours, tiene el sueño de un estanque y la vida de un río; pululan en él las truchas, crecen los juncos, la orilla se mira en su espejo. Ningún buque de vapor mata los peces, corta las cañas ni rompe el espejo. Nemours tiene peñascos como Fontainebleau, umbrías como Montmorency, una ruina como Montfort-l'Amury, un chapitel como San Dionisio, algunos molinos como Chaffontaines, algunas tenerías como Louviers, y algunas casas al borde del agua como San Goar. Lo que está disperso en otras partes se halla reunido en Nemours. Sólo que es un grupo de cosas modestas y tranquilas, envejecidas y risueñas, de las cuales ninguna nos maravilla, ninguna nos contraría. Nada es allí sublime, todo es agradable. A la edad de la ambición, de las preocupaciones y de los negocios, Nemours nada tiene que decirnos. Es demasiado dulce, demasiado sereno, demasiado retirado, demasiado solitario. Hay que estar en Nemours joven y enamorado, y correr con la alegría de los ángeles en el corazón por aquellos hermosos céspedes llenos de mariposas y de flores, ó viejo y meditabundo, y calentarse al sol en el umbral de esas humildes casas que baña un agua dormida. Nemours lo tiene todo á un tiempo, el resplandor de los primeros años y la paz de los últimos días. Es uno de esos lugares que uno sueña para empezar la vida ó para terminarla.

Antiguamente el bosque de Fontainebleau llegaba hasta Nemours.

*Nemus, Nemoris vicus*, dice la etimología. Hoy Nemours está lejos de los bosques. No obstante, sigue envolviendo la ciudad un delicioso paisaje. Los hom-

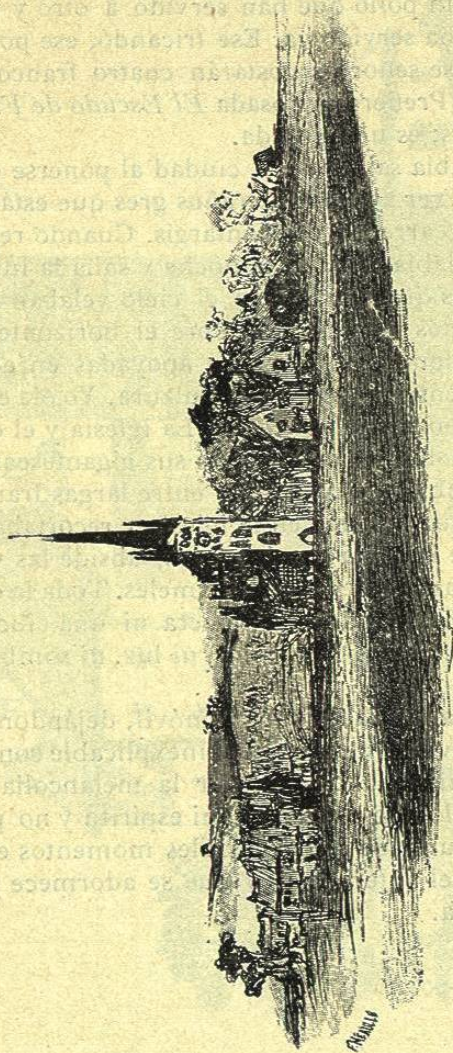
bres han derribado los árboles, pero no han podido matar la verdura.

La iglesia, empezada en el siglo XIII y terminada en el XVI, forma una masa admirable. Es un chapitel sobre un pórtico calado apoyado en un inmenso piñón, detrás del cual se prolonga y se desarrolla una gran nave, con crucero bosquejado apenas, rodeada de una multitud de capillas muy bajas que forman por fuera otros tantos pequeños torreones con torrecillas y techos puntiagudos. Algunos robustos arbotantes espaciosamente separados enlazan poderosamente esos torreones con la nave. Todo ese conjunto tiene forma atrevida, simple, severa y soberbia. El color no es menos bello que la forma. Los siglos han extendido su armonía por la piedra de las paredes y la pizarra de su aguja. Un vasto cuadrante de placa metálica realza el gres negro del campanario. La iglesia, desdichadamente raspada y revocada en el interior, tiene algunas vidrieras preciosas. Los ventanales lanceolados del ábside tienen hermosas vidrieras del siglo XV.

El castillo, que he vuelto á ver desde que empecé á escribir estas líneas, es algo menos campestre de lo que creía. Pertenece á la ciudad, que lo arrienda á varios cortijeros y saca partido de él como puede. Ha hecho de las cuevas una cárcel, de la planta baja una sala de baile y del primer piso un teatro, lo cual no impide la cría de gallinas y pichones. Los pobres presos gimen abajo, el violín canta en el entresuelo, y el *vaudeville* arrulla al lado del palomar. Un secadero de lanas ocupa los desvanes. ¿No hay un no sé qué de profundamente triste en esa estúpida manía de utilidad que se apodera de los consejos municipales y que convierte á un antiguo castillo histórico en una especie de edificio arlequín?

En las puertas de la ciudad se yergue un elegante chapitel del siglo XII. Es San Pedro de los Nemours. Las colinas que limitan el horizonte, coronadas por un entablamiento de gres y un grupo de pinos, tienen una forma gótica y recuerdan los antiguos fondos de los cuadros flamencos. El gres explica y justifica todas las rocas inverosímiles de Van Eyck y de Otto Venius.

Así como me gustan las ciudades antiguas, me gustan las antiguas posadas, las hosterías, como decían nuestros padres. Se bajaba del coche en la calle ante la puerta, donde el posadero os recibía sonriendo. La primera pieza en donde se entraba era la cocina. El fuego llameaba en la alta chimenea; la brasa teñía de púrpura los hornillos; algunos hermosos cacharros, algunas vajillas azules, algunas anchas fuentes de Nevers resplandecían aquí y allá sobre la pared sombría y ahumada. Una gigantesca rueda de asador rechinaba ante el fuego; el asador, cargado de carnes, daba vueltas lentamente por encima de la grasera, os mostraba alternativamente la carne de venado, las aves de corral y la caza menor, y parecía deciros: escoge. Escogíase, en efecto, y aquella hermosa y alegre llamarada de leña y de sarmientos, mientras iba cocinando la sopa, calentaba al viajero. Hoy se baja en el hotel; la posada, ¡fuego en ella! Se entra en un patio; un señor, que es el mozo, viene á recibiros con ademán desdeñoso para el viajero pobre, irónico para el rico. Os hacen subir una escalinata, luego una escalera adornada de bronce, y entráis en un cuarto donde hay cortinajes de *calicot* encarnado y un pupitre de caoba. Pedís fuego, os traen ceremoniosamente un pedazo de leña verde y mojada que no arde en una chimenea que echa humo. Al cabo de cinco minutos apagáis el tronco y abris la ventana. Ese fuego os costará cuarenta sueldos. Pedís de cenar. El señor,

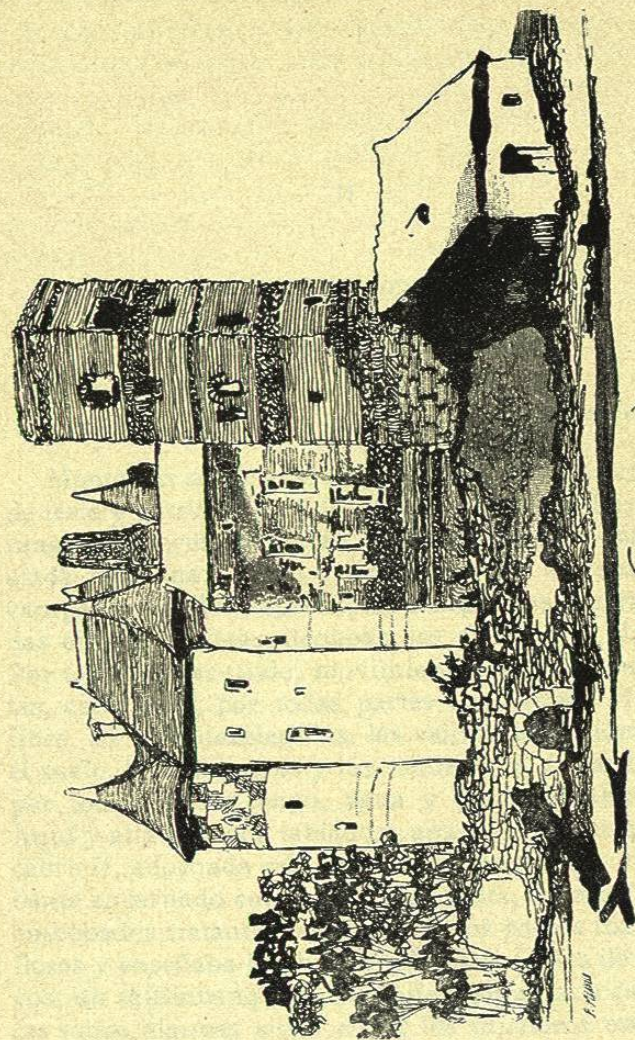


L'Église de Nemours - 282

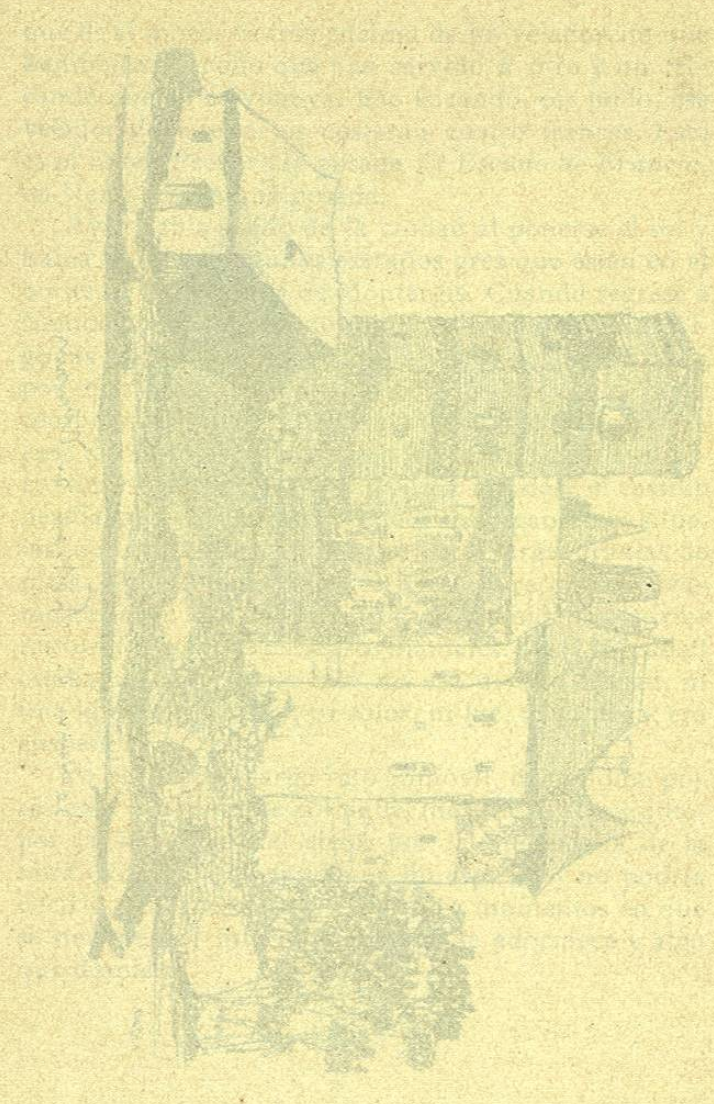
que es el mozo, os trae encima de un veladorcito que bambolea un pollo que han servido á otro y un fricandó que ha servido ya. Ese fricandó, ese pollo, ese velador y ese señor os costarán cuatro francos. Esto es el hotel. Prefiero la posada *El Escudo de Francia*, en Nemours; es una posada.

Ayer había salido de la ciudad al ponerse el sol y había ido á ver algunos extraños gres que están en el borde de la carretera de Montargis. Cuando regresé á Nemours, había cerrado la noche y salía la luna. Algunas nubes que corrían en el cielo velaban la luna por momentos y arrojaban sobre el horizonte vagas sombras. Algunas muchachas apoyadas en el parapeto del puente cantaban con dulzura. Yo oía el susurro del río por entre las cañas. La iglesia y el castillo perfilaban sobre un pálido cielo sus gigantescas siluetas, que temblaban en el agua entre largas franjas de plata. Una luz brillaba en la iglesia y recortaba vivamente sobre la masa tenebrosa del ábside las vidrieras luminosas con sus negros mameles. Toda la ciudad estaba callada. Y todo ello no era ni una ciudad, ni una iglesia, ni un río, ni color, ni luz, ni sombra; era ensueño.

Yo permanecí largo rato inmóvil, dejándome posesionar suavemente por aquel inexplicable conjunto, por la serenidad del cielo, por la melancolía de la hora. No sé lo que pasaba en mi espíritu y no podría decirlo; era uno de esos inefables momentos en que se siente en el interior algo que se adormece y algo que despierta.



Souvenir de Chateau de Nemours



MONTARGIS

Montargis se me apareció ayer alegrado por un día de feria y entristecido por un día de lluvia. Las cabras, los bueyes, las vacas bajando la cabeza oblicua atada con una cuerda y tirada por un boyero, los campesinos endomingados, las campesinas encaramadas en sus carretas, llenaban las calles y las plazas. Por todas partes ruido, movimiento, pujas de subastas, carcajadas; por todas partes las tiendas al aire libre, las telas desplegadas, las vajillas esparcidas por el suelo, los buhoneros y los vendedores de baratijas; por todas partes fango, agua y paraguas abiertos. Aquí y allá algunos tablados; una vieja de pie en un cabriolé, adornada con una peluca amarilla y un turbante encarnado con bellotas de plata, ofrecía á los embobados tratantes en bueyes unos polvos maravillosos y enseñaba lombrices solitarias dentro de frascos; un saltimbanqui cubierto de grama hacía cabriolas sobre algunas sillas rotas; los titiriteros estaban locuaces, la muchedumbre risueña; pero todos los payasos del mundo no valían un rayo de sol.

La ciudad, rodeada de verdura, bañada de un lado

por el Loing, del otro por el canal, es bonita. Quedan aún algunas torres del antiguo recinto del siglo XIII, de las que los ciudadanos han hecho terrazas y emparrados para sus jardincillos. Aquí y allá el canal, rodeado de tenerías, recuerda á Louviers ó Amiens. La iglesia, que se llama, según creo, de Santa Margarita, es una hermosísima nave del siglo XV. El ábside llega al XVI. Las personas de talento han substituído las antiguas vidrieras por feísimos vidrios de colores en el gusto del café Turco.

Yo tenía curiosidad de ver el castillo, ese magnífico castillo de Montargis, célebre en toda la Europa, cuya gran sala excedía en longitud y latitud á la sala de pasos perdidos del Palacio de Justicia de París. Subí á la colina por una escalera entre dos casas; pasé una alta puerta torreón del siglo XII, con archivolta románica; atravesé varios patios, y llegué á una verja de madera pintada de gris que cerraba una avenida de árboles bajos y copudos. Empujé la verja y entré en la avenida. En su extremo encontré una casa, una gran casa triste y blanquecina, tapizada de higueras, compuesta de un solo piso con un pabellón de techo puntiagudo y una terraza, desde donde se veía la ciudad y el llano; por lo demás, solitaria, agrietada, destartada, murada, cerrada herméticamente y desierta. El jardín, lleno de hierbas altas, invadido por las zarzas y las ortigas, tenía, como la casa, un no sé qué de huraño y silvestre. Yo buscaba con los ojos, á través del ramaje, las altas torres, las saeteras esculpidas, las formidables almenas del castillo de Montargis. Nada descubría. Al fin, á fuerza de huronear por entre las malezas, descubrí no sé qué restos informes, algunos lienzos de muro cubiertos de musgo; di algunos pasos por entre los mojados helechos, y divisé por una brecha, bajo algunos zarzales, el hueco circular, negro y abovedado de una torre. La torre esta-

ba arrasada. Di algunos pasos más, y me encontré en una vasta explanada cubierta de cicuta y gordolobo. Un foso inclinado bordea esa explanada, cuyo contorno ondula y dibuja vagamente á la mirada el plano geométrico de un grande edificio; algunas hinchazones redondas indican el lugar de las torres.

Tenía bajo mis ojos el castillo de Montargis.